

SEÑOR DELEGADO AL ATENEO DOMINICANO DON JUAN BOSCH, SEÑORAS  
Y SEÑORES:

Estamos en un momento crítico de nuestras relaciones hispanoamericanas, en el momento en que se impone cambiar nuestra teoría del acercamiento con Hispano América. Es doloroso el recuento de las circunstancias que han hecho hasta hoy imposible, no un acercamiento baldío sinó un entendimiento culto con los pueblos de nuestra raza. Es doloroso el recuento, sobre todo hecho desde Puerto Rico, que es el país menos habilitado de la América para hablar de un acercamiento vital, espíritu y hacienda inclusives, con dominicanos, uruguayos o costarricenses. Al intentar una nueva teoría para poner en conocimiento y en paz a los pueblos de la América Española no podemos reprimir la triste sospecha de que todo una vez más, no pase de un empírico intento, que por bien intencionado que sea no pueda sustraerse a la realidad de que Puerto Rico está en los actuales momentos maniatado ante el problema de la vida hispanoamericana, no solamente por un impedimento político, sinó por una grave desorientación que le es peculiar a su propia vida y por ende a las relaciones que decorosamente le permita su historia sostener con otros grupos.

Un entendimiento noble con Hispano América trae consigo un arredo total de todas las prácticas hasta hace poco sancionadas. Hay que cambiar nuestra política, nuestra actitud, nuestro canje intelectual con Hispano América.



Nuestra política con nuestros hermanos raciales ha estado viciada por una literatura nosciva que le ha quitado toda su potencialidad para convertirla en una linda manera de faltarse al respecto uno y otros pueblos. Ha sido una política literaria sobre un tema viejo, cuya caducidad se ha encontrado en inmediata pugna con el nuevo tema americano, ya lo suficiente adulto para aceptar sin sospecha nuestro historiado alegato de latinidad comunal. Las ocasiones de ponerse las gentes hispanoamericanas a pensar han tratado de ser ocasiones discursivas, donde los mismos rui señores han aflautado sus voces para seguir pidiendo que nuestro indio siga rezando su padrenuestro en español, para solicitar una confederación de ideas, de propósitos, de alientos para conquistar algún día otros pedazos viejos del orbe a donde todavía no ha llegado la voz solemne del tequendama convertida en poderosos kilovattios. Mientras nuestros discurseantes, por lo general gente de escasa mochila, se desgañitan pidiendo la unión de la América Latina, nuestra política hispanoamericana sigue siendo lo que ha sido hasta ahora una medida discursiva.

El error fundamental de apreciación de lo puertorriqueño hacia lo hispanoamericano es creer que Hispano América no puede ser otra cosa que una prolongación de lo español, que ese gaucho armado de una guitarra y de un rebenque no tiene territorialidad, es un remedo de un malagueñista de Villalón; para nosotros un llanero de Venezuela sigue siendo un hermano



bastardo de Diego Corrientes que de cuando en cuando llega hasta Caracas para ajustarle las cuentas al presidente. A mí me ha asegurado un literato puertorriqueño que don Segundo Sombra, uno de los más puros productos de América, hasta en el sentido literario es un pobre diablo que se le olvidó a don Ramón María del Valle Inclán colgarlo en su retablo. La unión con Hispano América nos parece tan lejos de nuestra realidad circundante como podría serlo una unión con España. Claro el autoctonismo hispanoamericano, que no tiene los mismos problemas que el nuestro se venga de nosotros, no entendiendo nuestro historiado alegato de latinidad comunal, cuando ya en Hispano América la españolidad ha pasado a ser hasta en literatura, una americanidad autóctona. Es necesario rectificar este error y partir de la base que apesar de todas sus oscuras filiaciones raciales no es lo mismo un triste, una milonga o un merengue de Hispano América que una malagueña, una seguidilla o un chotis de nuestra mater peninsular. Hacia Hispano América hay que acercarse en español, pero también en indio y en negro con un noble afán no solo de revivir su pasado, sino de reconocer su presente. Entonces veremos que hay una nueva solemnidad en el canto del Tequendama, que es voz vital de América, aunque todavía no esté reducida a Kilovaticos.

Como la política ha sido hasta ahora una política li-



teraria la actitud nuestra hacia Hispano América ha sido una actitud literaturizante. Ya sabemos del poderoso argumento arancelario que esgrimen algunos de nuestros consules para justificar su pasiva actitud frente al problema del acercamiento económico. Ya sabemos asimismo que existe otro poderoso argumento de la inestabilidad política, de las tiranías continuadas, que esgrimen algunos de nuestros políticos para justificar su beligerante actitud frente a la fórmula del aislamiento ideológico. Ya sabemos incluso que existe otro poderoso argumento, el de nuestro impedimento político, el de nuestra falta de soberanía que nos cohibe carearnos moral, social y diplomáticamente con los hispano-americanos, que esgrimen algunos de nuestros intelectuales para justificar su perenne grito por la sangre, por el idioma, por la religión, tres voces que ya van sonando un poco afónicas en el concierto vital de nuestra americanidad, que viven aún por el augurio de que un día de estos nuestros panamericanistas se aprovechen de la desvinculación para mezclar en la conciencia de América una raza, un idioma y una religión donde quepamos todos los hermanitos, esquimales incluidos de la mejor y mas grande (the best and the biggest) América. Hay que seguir pues en la actitud literaria porque es la mas fácil para nuestros consules, para nuestros políticos y para nuestros intelectuales.



Con una maleta vieja cargada de versos malos, con unas cuantas frases de aliento cargada de mediocre intento, con unas cuantas mañas de piratería literaria cargada de dañino disimulo un puertorriqueño puede deambular impasiblemente por toda Hispano América y viceversa, caminando bajo el oriflamado solio de nuestra hispanidad común, con tarjetas de intelectual, para explotar miserablemente la avidez que tanto Puerto Rico como Hispano América siente de conocerse unos a otro, conocerse noblemente, en español, en indio y en negro. Bajo ese mismo palio caminar los delegados o exilados políticos hablando mal del yanqui y del tirano de turno, sin que en nuestro canje intelectual el hispanoamericano pueda decirle al puertorriqueño lo que han hecho ellos en arquitectura, en música, en economía y nosotros no podamos decirle a Hispanoamérica lo que hemos hecho nosotros en medicina y en agricultura tropical. Dentro de este desarticulado canje intelectual, donde incluso hemos revivido la ya casi extinta sociedad del bombo mútuo que llegó a tener tan extensa matrícula en nuestra generación anterior, Hispanoamérica nos ha dado una dura lección y nos ha enseñado a nosotros los puertorriqueños que el puertorriqueño Augusto Malaret Jordán era una de sus grandes autoridades en lexicografía hispanoamericana y que el nombre de Hostos había que unir otro nombre ~~el~~ de Augusto Malaret.



Para dignificar nuestra política espiritual con Hispano América, hay que partir de las nuevas realidades latinoamericanas; primero, hay que aventar el gastado tema de las tres voces, dejar el plan de la españolidad ancha para considerar a cada región de América como una territorialidad distinta en posesión ya características raciales, de diferenciaciones sociológicas, de autonomía artística y buscar el tema americano particular en vez del tema español secular, ya renovado aún en la propia España; segundo, nuestra actitud hacia Hispano-América tiene que ser una actitud de saludable tránsito con la vida toda de Hispano América, espíritu y hacienda inclusives, tratando de borrar la impresión nuestra que hay en el centro y en el sur, de que nuestra connixión con Estados Unidos ha hecho desaparecer para siempre el problema de lo puertorriqueño en particular para ser un problema mas de Estados Unidos y que tenemos garantizadas nuestra vida por un acto fortuito de la historia en el continente americano; tercero, nuestro canje intelectual tiene que ser rigurosamente revisado y desarrollar inmediatamente todas las medidas de protección que requiera el exterminio de la piratería intelectual que ha trastocado hasta ahora la valoración de nuestras respectivas culturas; que en nombre de nuestro acercamiento no se hagan mas atentados contra la dignidad de algunos intelectuales que se escudado en la obra amorosa de nuestros nobles empeños para buscar fortuna y gloria, que no merecen para que cada noche



hispanoamericana sea una nueva simiente y no un nuevo fracaso, un retrato fiel de la solvencia y no una caricatura de insolvencia hispanoamericana.

Hemos llegado en la discusión del tópico a medir la mas cercana realidad del acercamiento antillano. Problema de nuestras relaciones hispanoamericanas cuanto hemos dicho hasta aquí puede aplicarse en igual propiedad a las relaciones nuestras con las dos antillas mayores Cuba y Santo Domingo concretándolo esta vez en honor a nuestro huésped a Santo Domingo y Puerto Rico. Por la vecindad de nuestro situs, por pertenecer a una misma zona lingüística, por tener tres elementos étnicos comunes, en el formato de nuestros pueblos, porque aquí empezó la odisea de España en América y los restos de Colón están en Santo Domingo y los restos de Juan Ponce en Puerto Rico, porque hemos podido burlar un poco la rigidez de los aranceles, es que merece especial meditación el acercamiento de ambos pueblos y desde un plan intelectual no olvidar los beneficios que esta estrecha convivencia puede proporcionar no solo para la cultura indoespañola y afroantillana, sinó también para la economía de ambos pueblos.

No puedo resistir la tentación, de evocar en este punto final nuestros pomposos juegos florales, nuestros enjundiosos certámenes antillanos donde acostumbraban a desacreditarse, poeticamente desde luego, nuestras tres antillas,



buscando expresión cordial, saludo lírico, una unión hecha por el milagro de un verso feliz. Aquellos juegos florales que terminaban siempre con una copa de champagne oficial en el Ministerio de Bellas Artes, con un brindis por la unión de nuestras tres esquilgadas islas, donde oradores y poetas dentro de la buena técnica antillana dejaron consignadas las esperanzas que esperamos han de cumplirse generosamente en el futuro, para que la poesía no pierda su profético acento. Casi me atrevería repetir aquí el hermoso discurso de José de Diego que empezaba "no sé como empezar deslumbrado por el resplandor de tanta belleza", si no temiera que Juan Bosch, hombre de mucho dinamismo y palabra cruda, no arrugara el entrecejo ante el gran saludo lírico.

El Ateneo Puertorriqueño le es deudor al Ateneo Dominicano de una legítima gratitud al enviar como delegado de la ilustre corporación quisqueyana para transmitir un saludo a la intelectualidad puertorriqueña, a Juan Bosch, nuestro distinguido huésped de esta noche. Juan Bosch es la mas completa figura de la joven literatura dominicana y ya empieza a tutearse con las cuatro o cinco figuras próceres de nuestra Hispano América. Hablar con él, autor cuando aún no ha llegado a la treintena de sus años de tres libros fundamentales para la literatura dominicana "Indios" - "La Mañosa", "Camino Real"- es hablar con un Santo Domingo nuevo, fuerte, orientado literariamente hacia su cultura criolla, es recoger el aliento



culto de un recio espíritu que busca en su propia tierra la mas genuína, la mas universal, la mas perduradora visión del criollismo hispanoamericano. El próximo viernes tendré oportunidad al enjuiciar a nuestro conferenciante de esa noche a detallar ante ustedes la obra literaria de este joven y ya ilustre dominicano, cuya visita nos hace deudores hoy a la noble institución antillana. Hijo de una puertorriqueña es lógico que Juan Bosch sienta por nuestra tierra, por nuestra cultura un vivo interés y que busque en nuestro subsuelo puertorriqueño la misma veta generosa que hizo posible sus formidables cuentos del Camino Real. Con una posición envidiable en la intelectualidad dominicana, respetado por los viejos y seguido por los jóvenes, sus obras son agotadas tan pronto aparecen en las librerías quisqueyanas. En él encontrarán los intelectuales de Puerto Rico a ese viajero que cada día nos hace mas falta, al que esgrime el antillanismo como una noble preocupación, al que presenta los problemas de su país con una decorosa altura, al que viene hacia nosotros a despertar las voces dormidas de nuestra propia conciencia. Por eso esta noche el Ateneo Puertorriqueño está de plácemes, en nuestra casa se encuentra uno de los nuestros y su viaje tiene cosas fecundas que ofrecer.